

Marco V. García Quintela, *El sacrificio animal galaico-lusitano. Estudio comparativo de Historia de las Religiones* (=Colección Historia, 378), Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2021, 250 pp. [ISBN: 978-84-472-3097-6]

Javier Herrera Rando

UNIARQ-Universidade de Lisboa ✉
jherrerarando@gmail.com

<https://dx.doi.org/10.5209/geri.95001>

Desde los primeros estudios de Francisco Martins Sarmiento y José Leite de Vasconcelos, el horizonte religioso del noroeste de la península ibérica en época romana no ha dejado de llamar la atención de historiadores, arqueólogos y lingüistas. La religión de los pueblos que los romanos denominaron como *Gallaeci* y *Lusitani* constituye un puzle con piezas a veces de complicado encaje. Más allá de las escuetas notas transmitidas por las descripciones etno-geográficas clásicas, la vitalidad de los cultos indígenas que se registra en la epigrafía latina de Galicia, el norte de Portugal y sus zonas aledañas permite reconstruir una zona bien delimitada de teónimos galaico-lusitanos o, siguiendo la definición de Carlos Búa, hispano-occidentales. A estas inscripciones hay que sumar la pequeña serie de textos llamados “lusitanos”, siempre de naturaleza religiosa y cuya especificidad radica en que están redactados en escritura latina, pero expresando una lengua indígena, de la familia indoeuropea y de relación problemática con el celta. La arqueología por su parte, muy activa en la zona en las últimas dos décadas, cada vez apunta más a la diversidad de contextos regionales y locales y al desigual impacto de Roma.

En *El sacrificio animal galaico-lusitano. Estudio comparativo de Historia de las Religiones*, Marco García Quintela, catedrático de la Universidad de Santiago Compostela y con una larga trayectoria en la Historia de las Religiones, se propone la nada fácil tarea de sistematizar los testimonios disponibles sobre las prácticas sacrificiales de ese extremo occidente hispano y ofrecer un marco explicativo coherente. Esta aspiración choca de inmediato con la relativa escasez de fuentes y sus problemáticas, por lo que para esa tarea opta por realizar un estudio comparativo con los mejor conocidos modelos griego y romano (y también con otras realidades coetáneas). El propio autor indica que su planteamiento busca enmarcarse dentro del modelo de “explicación densa” desarrollado por Clifford Geertz y empleado en las descripciones etnográficas, de manera que, mediante la comparación, los comportamientos sociales sean comprensibles y contextualizables para aquellos ajenos a estos.

En el primer capítulo, de naturaleza introductoria (“Objeto, método y contexto”), se expone esta declaración de intenciones y de metodología y se realiza la primera presentación de las fuentes que se analizan en los capítulos siguientes: el pasaje de Estrabón sobre el sacrificio de los galaicos, la epigrafía, y destacadamente las inscripciones “lusitanas”, una serie de once figuritas de bronce que aluden al sacrificio y los posibles lugares donde tuvieron lugar los sacrificios. A continuación, se realiza una introducción étnico-geográfica (redactada conjuntamente con

Gonzalo Cruz Andreotti) sobre los cambiantes y discutidos conceptos de “Lusitania”, “Galaicos” y “Celtas” en la literatura geográfica greco-romana.

Los siguientes tres capítulos tratan específicamente sobre cada uno de estos tres tipos de indicios. En el capítulo segundo (“Los lusitanos son aficionados a los sacrificios”) se discute la descripción estraboniana sobre el sacrificio de los galaicos (Str. 3.3.6). Para García Quintela, el texto debe ser interpretado en los términos de un modelo griego de descripción de las prácticas sacrificiales a través de las diferencias con la *thysía* griega, un modelo de construcción de la alteridad que se inicia con Heródoto y que es indirectamente reproducido por Estrabón. En ese sentido, el análisis se enmarca junto a trabajos recientes como los de Gonzalo Cruz o Encarnación Castro, remarcando la continuidad y culminación de la tradición etno-geográfica griega en el amasita. Partiendo de esa interpretación y considerando el pasaje junto a otras descripciones que el geógrafo presenta sobre los sacrificios en otros pueblos, García Quintela llama la atención sobre la vinculación de sacrificio galaico con la adivinación. Plantea así que el elemento de comparación que maneja Estrabón, el “texto ausente” con el que se construye la descripción, sea la adivinación etrusca, que debía conocer. Interesantes son las notas sobre la hipótesis de que Décimo Junio Bruto, primer romano en intervenir en la zona y versado en los aspectos religiosos por haber sido augur, directa o indirectamente fuera una de las principales fuentes estrabonianas sobre el noroeste hispánico.

El tercer capítulo (“Una oveja a Trebopala”) se centra en el registro epigráfico. Básicamente se ocupa de las cinco inscripciones lusitanas consideradas estándar, a las que añade otras tres aras con textos latinos pero que, siguiendo la propuesta de Francisco Marco Simón, harían referencia a unos ritos sacrificiales similares. Tras una breve presentación de este material, siguiendo en la mayoría de casos las lecturas e interpretaciones recogidas en el banco de datos *Hesperia* y en *Hispania Epigraphica*, se plantea una de las incógnitas que sobrevuela sobre los textos lusitanos: cómo interpretar el uso de una lengua indígena, con fines únicamente rituales, en un contexto de latinización lingüística, perfectamente comprobable en el carácter bilingüe de algunos de los textos como Lamas de Moledo o Arroyo de la Cruz. Sin profundizar demasiado en la cuestión, García Quintela menciona las principales interpretaciones que en los últimos años se ha dado a este conservadurismo lingüístico para pasar a centrarse en la información ritual que puede deducirse de las inscripciones, principalmente en los animales ofrecidos a cada una de las deidades.

El capítulo cuatro (“Imágenes del sacrificio”) se ocupa de once piezas de bronce con representaciones o motivos sacrificiales, un conjunto previamente definido por Xosé Lois Armada Pita y Oscar García Vuelta. Se identifican los elementos iconográficos comunes presentes en estas piezas, destacando el prótomo de animal, el hacha y los torques. En la segunda parte del capítulo, se intenta realizar un estudio comparativo con las representaciones sacrificiales identificadas para el resto de Hispania (una nómina reducida a apenas una decena de casos), Italia (apoyándose en el estudio de Valerie Huet) y Grecia (siguiendo a Folkert Van Straten), remarcando algunas peculiaridades de los bronces galaicos. Primero, la presencia de los torques (asociados tradicionalmente a la aristocracia celta), y que, según el autor, en las piezas tratadas no solamente representarían a los aristócratas/sacerdotes sino también a la propia deidad. Segundo, el hacha como instrumento sacrificial y que adicionalmente podría interpretarse como una metonimia del aristócrata/sacerdote que debía manejarla. Y tercero, la marmita como lugar donde culmina la procesión sacrificial, ocupando el espacio donde en Grecia y Roma estaba el altar. Ahí entran en juego los banquetes rituales en los que culminaría todo el proceso sacrificial, cuestión de la que se ocupa en los dos siguientes capítulos.

Así pues, en el quinto capítulo (“Comer carne”) trata de reconstruir el banquete que debía acontecer tras el sacrificio. Para ello se analizan una serie de yacimientos en los que la arqueología sugiere la posibilidad de estas prácticas como son Castrejón de Capote (en Badajoz y periférico a la zona de estudio), Cabeço das Fraguas (de donde proviene una de las inscripciones lusitanas), Frijão, Castro de Palheiros y Castrolandín. A continuación, y atendiendo al registro zooarqueológico, se estiman las cantidades de carne que podrían ser consumidas en esos banquetes, resultando en un número muy alto, que implicaría cientos de raciones (o incluso miles

si atendemos al número de animales sacrificados registrados en algunos epígrafes). Lo cierto es que en todos los casos se detecta una amplia variedad de contextos en cuanto a asistentes al banquete, animales sacrificados o localización de los restos, que el autor interpreta como la existencia de particularidades locales en un marco de características comunes, algo similar a lo que se daba en Grecia.

En el capítulo sexto (“Los lugares del sacrificio”) se profundiza en esa línea, tratando de localizar cuáles serían los lugares de culto donde se celebrarían los sacrificios. Primero se señalan los problemas para analizar estas prácticas en los santuarios rupestres identificados por investigadores como Martín Almagro Gorbea o, más recientemente, María João Correia Santos. A continuación, se presentan aquellos castros del noroeste con presencia de “acrópolis”, espacios cuya disposición y amurallamiento propone interpretar como los lugares donde se produciría el sacrificio y cuyo acceso y visibilidad se trata de limitar. Por último, se estudian los topónimos y gentilicios locales formados a partir de *nemeton*, palabra celta para santuario y que se constata, con ciertas precauciones, en tres epígrafes latinos y en otras tantas referencias de la literatura geográfica. Estas menciones, procedentes en su mayoría de la zona de la teonimia galaico-lusitana podrían envolver, según el autor, la presencia original de espacios de culto en los que se realizarían sacrificios.

El libro finaliza con un capítulo conclusivo (“Hacia una visión de conjunto”). Recuperando el término “cadena operativa” tan frecuentemente utilizado en arqueología, se intenta reconstruir las distintas fases de todo el ritual sacrificial a partir de los mucho mejor conocidos modelos griego y romano. La “cadena operativa” del sacrificio greco-romano puede fijarse en nueve partes: elección de los animales, purificación de los celebrantes, procesión, ofrendas preliminares, preparación de la víctima, muerte y despiece, adivinación, cocina y banquete. Para el caso galaico-lusitano, cada uno de los tipos de fuentes analizados en los capítulos anteriores presenta solo determinados aspectos, pero, analizadas en conjunto, hay una coincidencia en la mayoría de pasos descritos para el modelo sacrificial greco-romano. Tan solo la purificación, las ofrendas preliminares y la preparación de la víctima están aparentemente ausentes de esta reconstrucción del ritual hispano occidental. No obstante, el propio autor señala los límites de esa comparación: aunque las muestras de religiosidad galaico-lusitanas están claramente influenciadas por las prácticas romanas, estas encierran un sustrato particular. Particularmente, los diferentes testimonios tratados, incluyendo los yacimientos, inciden en una deliberada ausencia de monumentalidad que alejan la Hispania noroccidental de las prácticas sacrificiales mediterráneas. Ello obligaría a la reconstrucción de una antropología religiosa regional para la que, de momento, aún falta bastante información.

La obra está publicada en la colección “Historia” de la Universidad de Sevilla. A nivel de edición, es de agradecer la presencia de unos índices de fuentes, de términos antiguos y de nombres. El libro incluye numerosas imágenes (fotografías, mapas, planimetrías...) de calidad desigual. Concretamente, los mapas resultan de complicada lectura.

Valorado en conjunto, *El sacrificio animal galaico-lusitano* presenta dos grandes virtudes. Primero, la sistematización de los testimonios, con un manejo sistemático y actualizado de la bibliografía y generando un útil estado de la cuestión. Segundo, la aproximación comparatista e interdisciplinar al fenómeno religioso del noroeste hispano. Es cierto que la Historia Comparada corre el riesgo de confrontar realidades excesivamente diferentes y extraer conclusiones insuficientemente sustentadas. García Quintela trata de superar este riesgo mostrando prudencia y señalando con honestidad los límites y puntos flacos de su análisis. En definitiva, se trata de una obra útil para aquellos interesados en la Historia de la Religión, en los pros y contras de la metodología comparativa y en la compleja realidad cultural de noroeste hispanorromano.